

Y ahora, el momento supremo habia llegado. Despues de muchas horas, el sol habia desaparecido, y tinieblas misteriosas habian cambiado el día en una especie de noche tristísima. Era el duelo de la naturaleza, sintiendo aproximarse la muerte del Criador. De pronto, se oyó á Jesus murmurar : *Todo se acabó*¹. Despues, levantando la voz, exclamó : *Padre mio, en vuestras manos encomiendo mi espiritu*². Inclinando enseguida la cabeza, falleció³.

1. Joan, XIX, 30. — 2. Luc. XXIII, 46.

3. Era morir cómo dueño de la muerte. Esta libertad de inteligencia y de voluntad en la cruz, esta comprobacion de todas las circunstancias anunciadas por los profetas, este gran grito, esta fuerza mostrada despues de este largo suplicio, revelaban la plena libertad del que habia dicho : *Tengo el poder de dejar mi vida y el volverla á tomar...* Nada há sido fortuito en esta escena divina. Desde el principio hasta el fin, los hombres al ejecutar los designios más meditados de su malicia y al abandonarse á los caprichos más rapidos de su brutalidad, no han podido más que hacer más brillante la luz que querian apagar y dár siempre más gloria en dónde querian acumular más ignominia. — La Sabiduria que burlaba sus designios en el presente, cuidaba de hacerlo tambien en el porvenir. — Es cómo profeta que Jesus, dueño de las circunstancias de su muerte, realizaba las profecias. El sabia lo que la herejia inventaria para negar la verdad de su sacrificio. Há arreglado las circunstancias de manera á poner al abrigo este punto del cuál el mundo debia vivir. Desde los primeros siglos de la Iglesia, todos los sofismas que se remueve hoy, estaban inventados, y los Padres habian respondido con argumentos que han guardado toda su fuerza. El Hijo de Dios, dicen, no há podido sufrir en su naturaleza divina. Cómo hombre, há sufrido y era preciso que sufriése. Si, despues de haber vivido en la tierra, hubiése desaparecido subitamente, hubiése sido tomado por un fantasma. Del mismo modo que se prueba la realidad y la incombustibilidad de una cosa entregandola á la accion de las llamas y retirandola intacta, de la misma manera el Verbo de Dios nos prueba que el instrumento material de que se há servido en la redencion del genero humano es á la vez real y superior á la muerte : entregandolo á la muerte, demuestra su naturaleza ; retirandolo de la muer-

En el mismo instante el velo del templo se desgarró en dos por el medio, de arriba abajo ; la tierra tembló ; las piedras chocaron

te, demuestra su divinidad. Hizo este milagro para ahogar la locura que desafiaba á los hombres mortales ; con éso enseña que el solo verdadero Dios es el que, en su muerte, triunfó de ella misma, la presenta vencida entre sus troféos. No há muerto por su triunfo personal, sino para destruir la muerte del hombre ; y es por lo que, separando su cuerpo de su propia voluntad y de su propio poder, há sufrido una muerte violenta y publica. Si su cuerpo hubiéra estado enfermo y se le hubiéra visto disolver, hubiése sido extraño que el que curaba todas las enfermedades, sintiera él mismo sus efectos y fuése victima de ellas. Si, despues de haber muerto en la soledad sin enfermedad, se hubiéra presentado nuevamente, cómo creer en el relato de su muerte y de su resurreccion, pues es preciso morir antes de resucitar ? Para que habria anunciado publicamente su resurreccion despues de una muerte secreta ? No há querido cargar hasta este punto la fé, ni dar lugar á las mentiras que los hombres hubiesen forjado para rehusar creer. — Se dirá que hubiera debido buscar una muerte gloriosa y evitar estas horribles y repugnantes ignominias ? Nó ! nó ! debia su mejilla á las bofetadas, su frente á la corona de espinas, su rostro á las salivas, sus espaldas á los azótes, sus pies y sus manos á los clavos, sus labios á la hiél, su costado á la lanza, y todo su cuerpo á la cruz. Era necesario que se pudiése ver tantas manos que le habian tocado, precisaba que estas ignominias viniésen á fortificar para siempre las victimas de la crueldad y de la injusticia, á brillar sobre las heridas del inocente, á correr como un balsamo de salvacion hasta por las llagas legítimas del culpable ; era necesario que hasta en el fondo de los calabozos, en la misma abyeccion de los presidios, pudiése centellear este vivificante sol de la cruz. — Una muerte dulce ó una muerte gloriosa ? Habriais visto á la imbecilidad humana atreverse á sospechar que Dios no tenia poder contra toda clase de muerte. El atleta arroja por el suelo al enemigo que se le opone ; el que es la Vida há destruido la muerte que se le ofrecia. La más cruel, la más vergonzosa, la más antigua y universalmente maldita, la que podia mejor precipitarle en el desprecio y en el olvido, es ésa que há querido anonadarle, para aniquilar con ella sus oprobios y sus maldiciones. Pero no es decapitado cómo Juan, ni mu-

unas con otras; los cuerpos de muchos santos que habian muerto resucitaron, y saliendo de sus sepulcros despues de su resurreccion, vinieron á la ciudad santa, y aparecieron á muchas personas¹. Entonces el centurion que le custodiaba, y los que estaban

tilado cómo Isáias, ni quebrado cómo los demás ajusticiados: es preciso que su cuerpo permanezca entero é indivisible en la muerte y no sirva de pretexto á los que quisieran dividir la Iglesia. Muere con los brazos extendidos en la cruz, para atraer con una mano el antiguo pueblo, con la otra las naciones llamadas y reunir las en él. Muere *levantado en alto*, para expulsar á los demonios del aire y prepararnos el camino que sube al cielo. Y *Dios estaba con Jesucristo*, reconciliandose el mundo. (Luis Veuillot, loc. cit.) Ch. Corn. a Lapide *Commen. in Mat.* xxvii, 50.)

1. Nuestros racionalistas guardan un silencio absoluto sobre los prodigios que señalaron la muerte del Hombre-Dios! Es algo una oscuridad instantanea, extendida de mediodia á las tres de la tarde sobre la naturaleza entera, un dia de luna llena, en que todo eclipse de sol era inexplicable por los fenomenos naturales! Peñascos, que se abren, deben dejar una huella de su cortadura. Un temblor de tierra, que desgarró el velo del templo, separa las piedras de los sepulcros, y pone en la consternacion á una multitud cómo la que llenaba entonces á Jerusalem, no podia ser un hecho desápercibido. Calculando en quinientas mil almas la multitud reunida en la Ciudad santa, para la solemnidad de la Pascua, todavia se quedaría por debajo de la verdad. Pero esta masa de testigos vivia todavia, cuándo los evangelistas han escrito. Há sido necesario que la notoriedad de los prodigios estuviese perfectamente averiguada, para que los evangelistas los hayan señalado, en frente de una generacion contemporanea, sin temor de ser desmentidos. Por ultimo, si todos estos prodigios fueran fabulas, se podría explicar cómo los apóstoles hubieran convertido un solo habitante de Jerusalem á la divinidad de su Maestro? En algunos dias, los Judios en numero de cinco mil cayeron á los pies de Pedro, y adoraron al crucificado del Golgota. Sin los prodigios que rodearon á la cruz del Salvador, cómo estas maravillosas transformaciones hubieran podido ser tan instantaneas y tan generales? Por otra parte, la realidad de los hechos

alli con él, habiendo visto todo lo que pasaba de extraordinario, se asustaron y exclamaron: *Verdaderamente, este hombre era*

maravillosos, que acompañaron á la muerte de Jesus, desafia todo el esfuerzo del escepticismo más obstinado. « En el cuarto año de la segunda olimpiada (año de la muerte de Jesucristo), dice el escritor pagano Phlégon, aconteció el mayor eclipse de sol de que los hombres tengan memoria. Las tinieblas fueron tales que se vió las estrellas en medio del dia; el horror de esta larga oscuridad fué aumentado por un temblor de tierra. » — « Bajo el reinado de Tiberio, dice Plinio el antiguo, un temblor de tierra, tal que no se há visto nunca, destruyó doce ciudades en Oriente. » Se puede agregar al testimonio de Plinio el de Tacito: *Sedisce immensos montes, visa in ardua quæ plana fuerint, effulsisse inter ruinam ignes memorant.* Annal. II, 47. Testigo ocular de un eclipse que desconcertaba todas las reglas de la astronomia, Apolophanes, observando este fenomeno, en Egipto, en donde se encontraba entonces, exclamó: « Son éstos trastornos sobrenaturales y divinos! » Hoy todavia, la roca del Golgota, que se abrió á la muerte del Salvador, presenta á todos los géologos una prueba palpable de la verdad del relato evangelico. « Esta hendidura, que estudié con gran cuidado, dice Mr de Saulcy, es vertical. Forma una linea ondulada, en direccion de Este á Oeste. Lo que se puede descubrir en largura, tiene próximamente un metro sesenta centímetros. La anchura mayor es de veinte y cinco centímetros. Hay una prueba material de que esta hendidura no es una vena natural, entre dos capas paralelas de la roca; es que segun la ley de los cuerpos divididos violentamente en direccion vertical, la anchura de la hendidura vá disminuyendo, de arriba abajo. Si fuera posible volver aproximar las dos partes separadas, se juntarian perfectamente, correspondiendo los angulos salientes con los angulos entrantes... Qué libro cómo el Evangelio! Las páginas están grabadas en las peñas; las pruebas están anotadas por la historia del mundo; los prodigios que refiere tienen por testigo al universo entero. Tertuliano, para convencer á la incredulidad pagana de su tiempo, decia á los Romanos. « Teneis en vuestros archivos públicos, el relato de la catastrofe que señala la pasion de Jesus! » San Cirilo de Jerusalem, un siglo más tarde, escribia: « Si se quiere negar que un Dios haya muerto aquí, que se mire solamente las peñas desgarradas del Calvario! »

justo, y el Hijo de Dios. Y el pueblo numeroso, que estaba presente á este espectáculo, conmovido tambien de lo que habia visto, se volvía á sus casas golpeandose el pecho, comenzando á temer que la crucifixion de Jesus no fuese un crimen cuyas consecuencias podian ser tan terribles cómo irreparables.

Conclusion. — Mientras que los enemigos de Jesus se alejan de su cruz temblando, acerquémonos, cristianos, con los más vivos sentimientos de compasion y de ternura que nos séa dado sentir. Contemplémos su cuerpo ahora inánimado, que no es más que una llaga : su cabeza coronada de espinas y sus cabellos arrancados y en desorden ; sus mejillas lividas por las bofetadas ; sus ojos cubiertos de lagrimas y de sangre ; su boca llena de vinagre ; sus manos y sus pies atravesados por clavos ; su carne macerada por los azótes ; sus nervios tendidos con violencia y sus huesos dislocados. Contemplémos al hombre de dolor por excelencia, despues preguntémosnos quien le há puesto en este estado. Pues bien, lo sabeis : es el pecado, es el pecador, somos nosotros todos por consiguiente. Sí, son nuestras intemperancias, nuestras inmodestias y nuestras lascivias, nuestras injusticias y nuestros robos, nuestras blasfemias y nuestras impiédades quiénes han martirizado y desgarrado el cuerpo de nuestro Jesus que vémos clavado en la cruz. Con este espectáculo, con este pensamiento, es posible que no aborrezcamos este maldito pecado ! Despues que há costado tanto á Jesus, el pecado debería ser desconocido en este mundo, y el mundo está lleno Ah ! por lo menos, que los amigos de Jesus le declaren un odio irreconciliable, el solo que es permitido ; que ellos le hagan una guerra sin tregua, y que no lo encuentren nunca en sus actos ni en sus corazones ¹. Y nosotros todos los aquí presentes, séamos

Comprendemos ahora porque el racionalismo actual no habla de los prodigios que acompañaron á la muerte del Salvador ! (Darras, *Historia de N.-S. J.-C.* c. 11, p. 6, nº 25.)

1. Refiérese que una madre, cuyo esposo habia sido asesinado por un miserable desalmado, llevó un día á sus hijos, todavía juvenes, cerca

del numero de estos fiéles amigos de Jesus, que gana hoy el cielo para todos los hombres, pero que no lo dará más que á los que se habrán hecho dignos. Así séa.

PARA EL DIA DE UNA FIESTA PATRONAL.

INSTRUCCION UNICA

Las Fiestas patronales.

I. Porque hán sido establecidas. — II. Cómo es preciso celebrarlas.

Cristianos, todas las cosas, aun los más santas, en las cuáles el hombre tiene alguna parte, no están mucho tiempo sin ser alteradas, y más ó menos desnaturalizadas. La causa de ello se encuentra, por una parte, en nuestra ligereza y en nuestra pereza, que nos hacen olvidar pronto los motivos segun los cuáles deberiamos obrar ; y, por otra, en nuestra perversidad natural, que nos arrastra constantemente, séa hacer mal el bien, séa hacer directa y resuel-

de la tumba de su desagraciado esposo ; y allí, presentandoles el puñal todavía sangriento que habia atravesado su seno, les hizo jurar odio y venganza al asesino de su padre. Hé aquí, hermanos míos, en cierto modo, lo que hace en este día la Iglesia. Esposa inconsolable de Jesus, ella nos conduce á todos sus hijos, cerca del sepulcro de su Esposo, de nuestro Padre ; nos pone ante los ojos y nos presenta la cruz, el instrumento de la muerte de Jesus, diciendonos : « Hijos míos, es el pecado quién há puesto en esta situacion de muerte á vuestro buen Padre ; es para salvaros que há sufrido este suplicio ; es su amor por vosotros quién há hecho consagrarse á la muerte : Hijos míos, jurád, jurád sobre su sepulcro, jurád sobre la cruz, odio al pecado, odio al cruel matador de vuestro Padre ; amor á Jesus, amor á este buen Padre que se há entregado á la muerte por vosotros. » (*El apostol de las aldeas.* Exhortacion para el Jueves Santo.)